

*Martín Mateos*, de José M.<sup>a</sup> Hernández Díaz; *Las traducciones al italiano del «Oráculo manual y arte de prudencia» de Baltasar Gracián*, de Felice Gambin; *Recepción de la «Filosofía del Derecho» de Hegel en la España del siglo XIX*, de Gabriel Amengual; *¿Hasta qué punto el krausismo es abrensismo?*, de Rogelio García Mateo). Los exiliados españoles de 1939 con conexiones con la Institución Libre de enseñanza se pasean asimismo por las páginas de este volumen (José Gaos, María Zambrano...) y los fundadores de la «Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero» (UPUEE) en La Habana en septiembre de 1943.

En definitiva, estas Actas son un buen arsenal de datos, pensamiento, doctrina, perspectivas históricas y educativas para poder historiografiar la educación española desde la fundación de la Institución Libre de enseñanza hasta la democracia de 1978.

Para un historiador de la educación y para un pedagogo estas Actas más que otra cosa constituyen el tratamiento transversal de la educación de un período apasionante. Para un filósofo supongo que una puesta al día de elementos que generalmente la historia de la filosofía no ha podido identificar y desentrañar después por falta de unión, de institucionalización de los propios filósofos.

Algo echo de menos en el volumen. Un apartado en la introducción que vertebrara con algo más de profundidad lo que intentan manifestar los siete epígrafes en que se divide la obra. Pero, en todo caso, se trata de una valiosa aportación tanto a la filosofía española e iberoamericana de los últimos tiempos como a la historiografía educativa.

VICENTE FAUBELL

JUAN BORROY, Víctor Manuel: *Santiago Hernández Ruiz. Una vida española del siglo XX. Memorias (1901-1988)*, Introducción y notas, Zaragoza, ICE Universidad de Zaragoza, 1997, pp. 326.

Estamos todavía a tiempo de rescatar los últimos testimonios personales, orales y escritos, de educadores, maestros, inspectores y políticos de la educación que desempeñaron un papel de importancia en las instituciones educativas de la España del primer tercio del siglo XX, incluida la etapa de la Guerra Civil. No quedan ya demasiadas oportunidades, pero alguna sí. Y este trabajo que ha coordinado Víctor Manuel Juan Borroy sobre la figura tan representativa del momento como fue Santiago Hernández Ruiz es buena muestra de lo que comentamos.

En realidad, casi la mayor parte del libro es obra directa de Santiago Hernández, quien ha escrito a una proveya edad sus memorias personales y pedagógicas. Pero la tarea del coordinador no ha sido escasa, puesto que ha tenido que localizar y lograr que se permitiera su publicación, convencer para que fuera editada, y saber situar la aportación del maestro aragonés en el justo lugar que le correspondía en la educación española del primer tercio del siglo.

Dejando a un lado expresiones literarias, razonamientos del autor (Santiago Hernández) propios de una persona mayor que escribe a cierta distancia (desde México) sobre la vida española presente, la importancia de su testimonio alcanza diferentes y cualificadas virtualidades para el lector español de los últimos años del siglo XX, pero en particular para el historiador de la educación.

A través de la lectura de esta memoria comprendemos el proceso personal que vive un maestro de la época, un inspector de primera enseñanza que se hace en parte a sí mismo, las peripecias que sufre en el cogollo de la guerra, y las alternativas y éxitos finales de su exilio republicano en México, sin olvidar el protagonismo alcanzado en la última fase de su vida tanto en organismos internacionales de la educación, como en otros de rango superior de México. Todo esto resulta de gran interés, porque se narra también con cierta gracia personal, y con detalles ciertamente sabrosos. La historia de vida de Santiago Hernández, una larga y fructífera trayectoria,

resulta por momentos ejemplar e ilusionante, a pesar de todos los aconteceres y circunstancias.

Pero su lectura encierra para nosotros otros valores histórico educativos. Es, por ejemplo, la importancia de la escuela rural, en esta ocasión ubicada en varias localidades de Aragón, de su organización técnica y los métodos de trabajo utilizados. Es también la organización que alcanzan los sindicatos y asociaciones de maestros y profesores. Es la vida interna de la administración escolar, y de la misma política educativa en el decurso de la guerra. Es, finalmente, la terrible experiencia de un largo listado de republicanos españoles, en particular maestros y pedagogos, que se ven forzados al exilio, sus éxitos e incertidumbres. Es una viva expresión de la España y la educación de nuestro siglo, partida a veces en pedazos, recompuesta con fervor y esperanza.

Por todo ello, por este inestimable testimonio, debemos estar muy agradecidos a todas las personas e instituciones que han hecho posible el producto que leemos, en particular al autor, al recopilador y gestor (Víctor Juan), a la familia de Santiago Hernández Ruiz, al profesor Ubieto, director del ICE de la Universidad de Zaragoza, entre otros.

JOSÉ MARÍA HERNÁNDEZ DÍAZ

LUIS MARTÍN, Francisco de y ARIAS GONZÁLEZ, Luis, *Las Casas del Pueblo socialista en España (1900-1936)*, Barcelona, Ariel Historia, 1997, 238 pp.

Que las Casas del Pueblo fueron los templos del socialismo español, el lugar de sociabilidad obrera por antonomasia y, por tanto, el ámbito en el que se forman pautas de conducta específicas y se desarrolla una particular mentalidad o cultura socialista, parece fuera de toda duda. Sin embargo y por paradójico que pueda parecer, no contábamos con un estudio general y sistemático de estas instituciones —puesto que de instituciones dotadas de una verda-

dera polifuncionalidad se trata y no sólo de meros edificios más o menos interesantes desde el punto de vista artístico—, si exceptuamos el trabajo pionero, aunque insuficiente, de Víctor Manuel Arbeloa. La obra que comentamos, debida a dos autores que vienen desempeñando con rigor y solvencia la fundamental tarea de desentrañar y reconstruir las múltiples y complejas variables —artísticas, educativas, literarias, políticas, etc. — que configuran la cultura obrera durante el último cuarto del siglo XIX y el primer tercio del XX, viene a llenar, por tanto, una laguna que era urgente e imprescindible cubrir. Y lo hace, además, desde un enfoque tan original —la aproximación al movimiento obrero socialista desde el análisis de un elemento material, la Casa del Pueblo— y con una perspectiva metodológica tan sugerente en su planteamiento como difícil en su ejecución —la interrelación entre la Historia, el Arte y la Sociología—, que, habida cuenta de cómo han sabido resolver todas esas cuestiones y otras más que aparecen en el texto, no parece exagerado afirmar que nos hallamos ante un estudio definitivo y con vocación de clásico entre los dedicados al movimiento obrero en nuestro país.

La densa introducción, que bien podría haber configurado un capítulo más del libro, bucea en los antecedentes y modelos más remotos y cercanos de las Casas del Pueblo, desde los proyectos dieciochescos de Boullée y Ledoux pasando por iniciativas como las de Owen, Cabet, Godin, o Morris hasta las «Maison du Peuple» belgas de finales del diecinueve. Viene a continuación un estudio de las que los autores llaman «otras construcciones socialistas» y que incluyen edificios escolares, mutualidades y montepíos, cooperativas, viviendas obreras y monumentos funerarios como el Mausoleo de Pablo Iglesias en Madrid. El segundo capítulo, sin duda uno de los centrales de esta obra, se dedica al análisis pormenorizado de aspectos como el nacimiento de las Casas del Pueblo, su desarrollo en el tiempo y por la geografía del país, dibujando diversas áreas de implantación y pujanza, los sistemas de financiación empleados en su construcción o com-